



TEXAS

WILLIAM HOLDEN CLAUDE RAINS
HOLDEN TREVOR FORD
GEORGE BANCROFT BOGAK BUCHANAN



T E X A S

Magnífico asunto de aventuras

Dirección de
GEORGE MARSHALL

Producido por
SAMUEL BISCHOFF

Es una película
COLUMBIA PICTURES

Distribuida por
COLUMBIA FILMS

Principales intérpretes: WILLIAM HOLDEN — CLAIRE TREVOR — GLENN FORD
GEORGE BANCROFT — EDGAR BUCHANAN

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

T E X A S

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Acabada la Guerra de Secesión, todos los Estados Unidos comenzaron a experimentar las consecuencias de la misma, bien en el sentido del progreso, bien por tener que hacer frente a inmensas dificultades, hasta conseguir la prosperidad. El Estado de Texas fué el que más obstáculos tuvo que salvar, antes de lograr su riqueza actual, haciendo frente al problema ganadero. Y esta es una de las muchas historias que se podrían narrar de aquella época caótica.

La floreciente población de Abilene recibió un mayor impulso con la apertura del ferrocarril, ventaja debida al admirado Wendy Miller, personaje sobresaliente entre la abigarrada muchedumbre de pioneros. Quien no lo conociera era un ser despreciable, pues todas las bocas derrochaban alabanzas en su honor y tanto era así que, incluso, apoyado por su prestigio y su repleta bolsa, su palabra era ley y ante ella se humillaba el absurdo juez de la nascente ciudad.

El administrador de la Justicia no tenía grandes dificultades en su cargo. Solucionaba los juicios atendiendo únicamente al ejército en que el criminal hubiera servido durante la Guerra de Secesión. Si fué partidario del Norte, se veía absuelto al punto; si del Sur, era condenado sin remisión.

Y esta última desventaja estaba en contra de dos muchachos, llamados Dan Thomas y Tod Ramsay, acrecentada por la circunstancia de vestir aún restos de los uniformes sure-

ños. Acusados de haber sido sorprendidos robando un cerdo para comer, el juez se propuso y les insultó. Pero Dan Thomas, de carácter violento, se precipitó sobre él, teniendo que separarlos a la fuerza.

Todo ello sirvió para que el magistrado aumentara la pena. Afortunadamente, Wendy Miller intervino en el negocio y con unos cuantos dólares obtuvo su libertad. ¿Por qué salvaba a los dos muchachos tejanos? Sencillamente, y así lo supieron cuando le dieron las gracias en el corredor, porque había sido soldado del Sur.

Su generosidad llegó incluso a alimentarlos a sus expensas. Por la noche, los tejanos se mezclaron a la muchedumbre, que esperaba impaciente un combate de boxeo entre los campeones de dos equipos ferroviarios, y pronto comprendieron que la única manera de ser respetados era la de emplear la fuerza.

Abilene tenía la suerte de espaldas; al salir el segundo campeón y al saltar la cuerda, tropezó y se rompió una pierna. Wendy Miller, dándose a todos los diablos, escapó de la tormenta que ante percance iba a desencadenar, gracias al apoyo de los dos tejanos, que acudieron a salvarla. Pero como muchos protestaran de forma violenta de su irrupción, Dan Thomas les acalló tan certeramente con sus puños, que a poco todos estuvieron convencidos de su valía.

Este suceso dió una idea a Wendy y ofreció al vigoroso y pendenciero Dan doscientos dólares para que luchara contra Dutch Henry. Dan se quitó la camisa y dijo:

—Lo haré por cincuenta. Le debemos el resto—explicó.

Así era, pues ciento cincuenta dólares sumaba la multa impuesta por el juez. Satisfecho, Wendy declaró que apostaría doscientos dólares a su favor y la pelea comenzó. Dan desconocía en absoluto el arte del pugilismo y su adversario era mucho más fuerte que él; no obstante, llevó la mejor parte en un principio, para, después, recibir una soberbia paliza. Al llegar al asalto treinta y seis, Wendy sintió lástima del muchacho, que no quería abandonar para que no perdiera su dinero, y le dijo que no había apostado por él.

Dan se enfureció, saltó contra su enemigo, disparando sus puños como martinetes, derribándolo, levantándolo y volviéndolo a derribar, sin hacer caso de las protestas de los espectadores que, creyendo llegado el momento de intervenir, saltaron al ring, con lo que se generalizó la pelea, mientras los capangas de la misma huían a una de caballo.

* * *

Vagaron sin rumbo fijo durante una semana, entrando en el Estado de Texas. Se pararon en la alto de una loma a descansar, cuando sus ojos sorprendieron algo que les llamó la atención. A sus pies galopaba una diligencia y tras ella un grupo de jinetes enmascarados, con la siniestra intención de atacarla, lo que consiguieron poco más tarde.

Asestaron las pistolas contra los ocupantes y los obligaron a descender. El comprador de ganado fué despojado de un cinturón que contenía diez mil dólares... y los bandidos desaparecieron con la misma rapidez con que se habían presentado.

Los dos tejanos observaron apaciblemente el atraco y la

marcha de los bandidos. Dan les siguió con la mirada y volviéndose a su amigo, le ordenó:

—Vamos para allá.

La primera noticia que los bandidos tuvieron de sus propósitos fué la amenaza de sus armas. Dan se apoderó del cinturón del tratante en ganados, les indujo a entregarles sus revólveres y a echarse al suelo, mientras Tod espantaba a los caballos.

Y así, tranquilamente, se encontraron dueños y señores de diez mil dólares, que, sin embargo, no les sirvieron de nada cuando el hambre empezó a apretar. Discutieron la opinión de Dan de quedarse con el dinero, pero dejaron la resolución para más tarde al ver pasar unos succulentos terneros.

En tanto que Dan apremiaba a uno, Tod se encargó de encender el fuego, pero un tropel de hombres, capitaneados por el sheriff, le detuvo, y, encontrando los billetes robados en su poder, determinó aborcarle al momento, aunque tuvieron que recorrer dos millas antes de hallar un árhol adecuado.

Dan, que había presenciado oculto la detención de su amigo, compareció en el lugar de la ejecución, estando ya Tod con la cuerda en torno del cuello, y gritó:

—¡Los indios! ¡Los indios!

Todos pusieron los pies en polvorosa. Mas no tardaron los defensores de la Ley en percatarse de que habían sido víctimas de una estratagema y volaron en persecución de los tejanos. Estos, estando casi perdidos, se separaron para dividir las fuerzas.

El grueso de éstas echó traiz de Dan, quien, después de salvar algunas millas, llegó al cauce de un río, que le cortaba el paso. Ni corto ni perezoso se arrojó de cabeza al agua y así llegó tranquilamente a la orilla opuesta. De repente

se ocultó detrás de un árbol, echando mano al revólver. Por el camino que pasaba delante de él apareció un cochecillo, ocupado por un hombre y una mujer, llamada Mike. Al llegar a su altura, les detuvo con un grito y les mostró el arma.

Mike, al ver a su asaltante, cerró decidida la sombrilla y con gran sangre fría se negó a cederle uno de los caballos; su acompañante, menos temerario, bajó del vehículo y no dijo esta boca es mía.

—Oiga. Si no baje me llevo el coche y los dos caballos—amenazó Dan.

Pero Mike se resistió a obedecerle y el carruaje arrancó con ella, corriendo como una exhalación por la llanura. Así que la joven recobró el equilibrio aprovechó el descuido del atareado Dan, a quien los caballos daban mucho trabajo, y le arrebató el revólver, gritándole que parase. Mas no tuvo en cuenta los traqueteos y saltos del cochecillo y pronto se vió desarmada.

Parado el galope, Dan, burlándose de su torpeza, y no sin alabar su hermosura, siguió su camino a pie, dejándola sumida en un ataque de rabia y de admiración. Mike guió los caballos hasta la hacienda y llamó a uno de los jinetes para que se hiciera cargo de los animales. Y fué Tod, que había conseguido ocupación en el rancho, quien acudió a su llamada: estableciéndose una corriente de simpatía entre ambos, que aumentó en los días siguientes.

Cuando Dan se presentó en el mismo pueblo estaba roído y soportando un apetito más que normal. Sus ojos se clavaron en el cartel de una taberna, que prometía comida gratis a cualquier peatón. Entró, pues, y se sirvió con prodigalidad, haciendo caso omiso de las voces del tabernero,

quien le advertía, entre la expectación general, que para comer era preciso beber.

Al saber que Dan no tenía ni cinco céntimos, calentó el as de un bock de cerveza y se lo ofreció. El joven lanzó un gemido al quemarse y todos se rieron, pero el ofendido saltó el mostrador, que les privó del espectáculo, aunque no fue difícil suponer que el tabernero estaba recibiendo detrás del mismo una paliza de padre y muy señor mío.

El sheriff, que regresaba de su fracasada expedición con una sed terrible, se aproximó al mostrador y se encontró con Dan, reconociéndole. Rápido como la vista, desenfundó su revólver, despreciando las protestas del joven. Este, viendo el cariz de los acontecimientos, siguió el ejemplo del tabernero y arrojó a la llama la empuñadura de su arma.

El sheriff soltó un alarido al asirle. Dan le arrebató el revólver y se escondió detrás de su cuerpo, avanzando hacia la puerta y conteniendo de paso a los bebedores. En aquel instante entró el dentista del lugar, que ocupaba la diligencia en el momento del atraco, y se encargó de deshacer el malentendido, afirmando que no era Dan un bandido, como era fácil reconocer por su indumentaria y aspecto.

Convencido a medias, el sheriff hizo las paces y el dentista empezó a interrogar a Dan sobre su vida e ingresos y prosiguió el interrogatorio en su clínica, a donde llevó al tejano, pretextando que tenía una muela en mal estado. Pero en realidad, como descubrió pronto su paciente, mientras manipulaba en su boca, quería averiguar si era hombre de pelo en pecho, por la sencilla razón de que él era el jefe de la banda de cuatrecos y bandidos que anolaba la comarca.

Le presentó a un tal Lasham, dueño de un rancho, en donde escondían el ganado robado, el cual había acudido al saber que con el dentista estaba el hombre que les había estropeado el negocio de la diligencia. Dan abandonó a los

dos hombres y se dirigió al rancho de Lasham, para ocupar el puesto de jinete, que le habían ofrecido, pero su sorpresa fue mayúscula al verse rodeado de enemigos y de revólveres.

Le habían preparado una encerrona.

Rápido como el viento, se parapetó tras del cuerpo de uno de ellos y de un disparo apagó la luz, arrojándose un escándalo de los que hacen época. Lasham había acudido a presenciar el resultado de su venganza y se vio no sólo engañado, sino aporreado por sus hombres. Por último, se encendió la luz, hubo las explicaciones pertinentes y el tejano ingresó "por derecho propio" en la cuadrilla de desalmados.

A partir de este momento, Dan empezó a ascender en la cuadrilla. Se recrudecieron los robos de ganado, siendo la Ley impotente para contenerlos y también cuantos intentos hicieron los ganaderos para organizar resistencia armada, pues los bandidos daban muerte a mansalva a los principales durante los conciliábulos, como le ocurrió al padre de Mike.

Cierta día, todo el pueblo se reunió para esperar la llegada de Wendy Miller, que había prometido solucionar el problema ganadero, constituido por la imposibilidad de conducir el ganado a Abilene, desde donde se podía expedir fácilmente a los mercados del Este. Mike y Tod, que se había convertido en un personaje querido y admirado por todos, se encaminaron a la sala de reuniones, hablando por los codos y dando pie a la afirmación de que pronto habría boda.

El dentista, llamado vulgarmente Doc, pidió la ayuda de Mike para tocar el órgano y la de Tod para dar aire, y los

dos accedieron. No obstante, cuando se encaminaban hacia el instrumento, Mike dió un grito y señaló a dos hombres que llevaban unos bocadillos:

—¡Es el hombre que me atraed!

No faltó más para que Tod avanzara hacia el atrevido, dispuesto a castigarle. Mike contempló el encuentro y llena de furor tuvo que confesar que Tod y su raptor se abrazaban estrechamente.

—¡Parecís dos hermanos que vuelven a encontrarse!— exclamó desechada.

A pesar de que todo quedó aclarado, la ira de Mike no desapareció hasta pasado un buen rato. Dan, con su calma acostumbrada, le galanteaba tranquilamente, mientras Tod daba aire al órgano; la muchacha tuvo que convenir en que Dan le gustaba mucho más que Tod... y por ello, se enfureció más y más, terminando por cantar todos la canción *sonada* por Mike.

La esperanza que todos habían depositado en Wendy Miller se volatilizó al aparecer éste. Estaba dispuesto a llevar el ganado a Abilene, pero pagaba un precio tan irrisorio por cada res que todos se disgustaron; sin embargo, en vista de que Lasham cedía a la oferta, los ganaderos se fueron calmando y aceptando...

Aquí Tod se levantó de un salto y pidió silencio. El se comprometía a llevar las reses a Abilene, en donde obtendrían un beneficio de muchos dólares, siempre y cuando lograra reunir una gran manada. Por fin logró convencerles...

Mientras tanto Dan no había perdido el tiempo. Llegó a Mike a la calle y le ofreció casarse con ella. La muchacha protestó, mas terminó por ceder, dominada por su vigorosa personalidad.

Doc, Lasham y Miller —a cual más miserable, bajo su apariencia de hombres pacíficos— se reunieron en la clínica

del primero a lamentar el fracaso de sus planes, en tanto que Miller estaba en manos del dentista, que le extraía una muela. Pero el médico acalló sus gémidos y ordenó a Lasham que marchara con el resto de los ganaderos a Abilene, para él se encargaría de hacer saltar la manada.

El día anterior a la partida de la gran manada fué histórico. El único dolor de Miller fué que Dan no marchara con los finetes, pretextando que prefería vender su ganado en Nueva Orleans.

Los días siguientes fueron de dura lucha en la conducción del ganado. Por fin lograron salvar el río con toda felicidad, lo que significaba que el triunfo de los ganaderos estaba cercano. Los bandidos no habían dado señales de vida.

Esto se debía, naturalmente, a Dan, que tenía grandes planes. Cuando sus hombres protestaron de que no había atacado a los ganaderos antes de cruzar el río, creyó llegada la hora de ser sincero con ellos.

—Oid, Robamos; con el producto del robo alguien está ganando una fortuna y el riesgo es para nosotros. ¿No nos corresponde algo en los beneficios? Ninguno espera tener más de cincuenta dólares en su vida, pero si yo os dijera cómo ganar tres o cuatro mil dólares cada uno...

Uno de los bandidos intentó protestar, siguiendo leal a Lasham, y sus compañeros le convencieron. Finalmente, estuvieron conformes y dejaron pasar el ganado primero, luego se le adelantaron. Dan escondió a sus secuaces a unas millas de Abilene, a donde se dirigió en busca de un comprador, que concertó reunirse con él pasada una hora... y con el dinero.

Alguien se encargó de avisar a Miller. Este buscó dinero y a su hombre de confianza y galopó en busca del "vaquero tejano". Poco más tarde estaba ante las pistolas de sus antiguos compinches, que no sólo le aliviaron del peso de su dinero, pero también le despojaron de los caballos. Ronco de rabia preguntó a Dan:

—¿Has tramado esto tú solo?

La venganza, que bullía en el interior de Miller, se aumentó con la idea de regresar a pie a Abilene, bajo un sol de justicia y tras de caminar doce millas. Y descargó su indignación en su acompañante, derribándole de un puñetazo.

Dan disolvió la banda, satisfecho de haberse enriquecido sin tener que saltar a Tod, y, acompañado de un forajido leal, entró en Abilene, en donde poco después Tod vendía las reses a buen precio. Mientras los ganaderos celebraban el acontecimiento, el joven se encaminó en busca de Dan, recordado por terribles sospechas sobre el comportamiento de su amigo.

Dan estaba en casa de un talabartero, a donde había ido a comprar la silla más bonita de la región, y animaba al operario a darse prisa, puesto que tenía encontrarse con Miller, cuando éste supo su estancia en la ciudad y ordenó a Lasham, mientras se metía una pistola en el cinturón, que le siguiera a distancia.

—¿Tienes prisa, Texas? No esperaba volver a verte tan pronto... Anda, devuélveme el dinero.

Así saludó Miller a Dan, al salir éste de la talabartería. Vió también que la mano de Miller estaba oculta debajo de la chaqueta y calculó sus probabilidades de éxito. Veloz como una saeta, dejó caer la silla al suelo y sacó su arma en un abrir y cerrar de ojos, hiriendo en el corazón a su contrincante, el cual aun pudo hacer un disparo inofensivo.

Lasham quiso auxiliar a su compinche, pero Tod le de-

tuvo a tiempo, cuando iba a disparar a traición, Dan se enfundó el arma y se aproximó a Lasham, diciéndole:

—No te molestes en volver a Texas. Yo me hago cargo de todo.

El tiempo urgía; la noticia de la muerte de Miller, muy querido en la ciudad, corrió como el fuego y su agresor sería linchado si no se daba prisa. Tod le escoltó hasta la cuadra, en donde le reprochó su turbia conducta, tanto más cuanto Mike andaba por en medio. Los dos la amaban de una manera distinta y Tod estaba dispuesto a todo para hacerla feliz.

—No tienes voz ni voto en el asunto—se enfadó Dan.

—¡Mal que te pese, sí!—aseguró Tod, entristecido—. Siento que tenga que acabar así... Pero recuerda lo que te he dicho.

* * *

El pueblo esperaba impaciente y adormado el regreso de Tod y de los ganaderos. Dan consideró burlonamente el entusiasmo de la gente hasta que tropezó con Doc, el cual le invitó a entrar en su clínica, y manifestó estar enterado de todo y le felicitó, poniendo las cartas sobre la mesa. El era el jefe de la cuadrilla.

—Usted manda, Doc, de ahora en adelante... Da gusto servir a un hombre así.

La alabanza fué interrumpida por la entrada de Lasham. Dan sacó la pistola antes que él y su ceño se frunció al oír que buscaban que matara a Tod. Se negó rotundamente y les abandonó con una amenaza para quien se atreviera a intentarlo.

Llegó al rancho de Mike, colocó la silla ante la habitación de la joven y silbó. Mike salió precipitadamente, tropezó con la silla y se cayó, accidente que pasó por alto al

proponerle Dan casarse inmediatamente. No obstante, no logró inducirle a satisfacer su propósito. Ella quería que Tod estuviera presente en la ceremonia.

El pueblo aplaudió, saludó, aulló y vació sus armas contra el cielo, al entrar Tod y los dichosos ganaderos. El héroe de la fiesta saludó a Mike y, con mucho menos entusiasmo, a Dan. Con la excusa de que tenía que ir con sus camaradas, Tod arrastró a su amigo al bar, esquivó las felicitaciones y entró en un reservado, en donde tuvo lugar una discusión para que abandonase a Mike.

Mientras ambos se acaloraban, Lasham disparó a través de la ventana, hiriendo, como se había propuesto, a Tod. La gente atulada asustada y al ver el cuerpo desplomado del joven, acusó a Dan. Hete de un salto atravesó la ventana y los esquivó, subiendo unas escaleras, trepó por un tejado y se dejó caer en la calle, precisamente en el momento en que Lasham ponía el pie en los peldaños de la clínica de Doc.

—¡Tíre, Lasham!—le mandó.

Pero el traidor fué demasiado lento. El arma de Dan disparó dos veces, derribándole, antes de que hubiera tocado la saya. Muerto Lasham, subió a la clínica, saltó a la casa contigua y corrió por los tejados, mientras que una parte de sus perseguidores seguía aquel camino y el resto le disparaba desde el suelo.

Doc dictaminó que la herida de Tod era un simple rasguño, le vendó la cabeza y le dió de beber. Mike entró pálido y se arrodilló ante él, preguntando si le había herido Dan. Lo negó el muchacho y ella sollozó:

—Hemos de hacer algo. Le matarán si consiguen cojerle.

—No te preocupes, no le alcanzarán, puedes estar segura...

Todos daban razón a Tod. Dan, cada vez más apremiado, pisó la calle de un salto grandioso y entró en un cerrado

lleno de reses. Sus persegutores le imitaron, rompiendo las vallas los espantados animales, y los pusieron en fuga.

Tod y Mike pudieron ver que Dan se dejaba arrastrar agarrado a la cola de uno de ellos y que se saltaba, rodando hacia la acera, al llegar frente a la casa de Doc. Quisieron advertirle de que Tod se encontraba sano, pero el ruido de las pezuñas enmudeció sus voces.

Doc vio cómo subía Dan las escaleras. De un cajón sacó un revólver y lo ocultó bajo un trapo; se puso a cantar disimulando su nerviosismo. La puerta se abrió de par en par, empujando a Dan, cuyas manos pendían a lo largo del cuerpo.

—Llegó la hora—dijo.

—Aguarda un poco, Dan. ¿No crees mejor que hablemos tranquilamente?

Doc cogió el trapo y disparó, hiriéndole en el estómago; Dan, no obstante, tuvo fuerza para sacar su arma y de un balazo atravesó el corazón de su enemigo.

Cuando Tod y Mike se presentaron, ambos habían dejado de existir.

* * *

Meses más tarde, la riqueza y la dicha reinaban en el pueblecito tejano. Mike y Tod cabalgaban juntos vigilando las reses. Se habían casado, lo cual no le costó mucho trabajo conseguir al joven, una vez hubo desaparecido la poderosa personalidad de Dan, muerto por la amistad y a causa de su valentía.

F I N

Números publicados: El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara - Tarzán y la Diosa - La quimera del oro - Hace un millón de años - El alegre bandolero



Don Thomas se precipita sobre el jurado, creyendo que separarlos a la fuerza.



Armentaron las pistolas contra los ocupantes y les obligaron a desviarse.



Chileno recibió un mayor impulso con la apertura del ferrocarril.



...los espectadores saltaron al ring y se generalizó la pelea.



Dad indujo a los bandidos a entregarle los cordones.



El sheriff, rápido como la vista, desentendió al verdugo y arrojó a Daz.



Mike le archabó al cordón, pidiéndole que pasase.



Entró el dentista, que ocupaba la diligencia en el momento del ataque, afirmando que se era Don un bandido.



El dentista empezó a interrogar a Dan sobre su vida.



...daban muerte a los principales, como le ocurrió al padre de Mike.



Illustration

...Le habías preparado una emboscada.



...reunidos por causa de todas la canción tocada por Mike.



Doc, Lasham y Miller se encuentran en la oficina del primero.



Don cavendish a sus amigos a unas millas de Ahilena.



Mientras los ganadores celebraban el acontecimiento.



...hiriendo Toñ en el corazón a Miller...



—No te molestas en volver a Texas. Yo me hago cargo de todo.



...trepó por un tejado y se dejó caer en la calle...





Colección T. G. J. SOLER

Sevillana, III - Barcelona.

Sevillana
"FACULTAS DE CIENCIAS"